

RECUERDOS

MARIA TERESA TESIS FERRER

A pesar de que para mí el catalán es el idioma más querido y entrañable, el de mi familia, infancia y juventud y el que usamos en casa con mis hijos, voy a escribir esta historia de mi vida en español, antes de que me vaya olvidando de ella, por la edad o por la muerte. Quizás pueda interesar a alguno de mis hijos leerlo. Uso este idioma porque lo escribo mejor que el catalán.

Mi recuerdo más lejano es el día en que nació mi hermana, el 13 de febrero de 1936, yo tenía tres años y medio. Hacía mucho frío en Barcelona, donde las casas no estaban acondicionadas para aquellas temperaturas. Mi madre estaba dando a luz en nuestro piso de la calle de Balmes, 86, 4º 1ª. Pusieron una estufa de petróleo en la entrada de la habitación y de repente, no sé cómo, el fuego prendió en las cortinas de la puerta. Susto y desconcierto general; sólo mi abuela Teresa conservó la sangre fría, bajó a buscar a su casa (vivía en el mismo edificio justo debajo de nuestro piso) una manta que apagó el fuego, y mi hermana nació felizmente poco después.

Aquí y allá surgen, seguidamente, retazos de momentos dramáticos de la Guerra Civil. Sirenas, toda la familia reunida en una habitación que no tenía ventanas para evitar metralla, aunque una bomba hubiera sido irremediable, a la que llamábamos el cuarto oscuro y era una especie de despensa. Casas derruidas, escombros, un avión en llamas cayendo sobre el lago de Banyoles, donde nos habíamos refugiado huyendo del caos de Barcelona. Una triste y fría noche, mi padre vestido de soldado se acerca a mi cama, está llorando, me abraza, se tiene que marchar, huir, dejar todo lo que quiere, su ciudad, su familia, para ir quién sabe dónde. Los nacionales estaban entrando en Barcelona y todos los que tenían algún cargo en el gobierno de la Generalitat intentaban marcharse. Mi padre era director de prisiones de

Catalunya, cargo que a él, un literato, no le gustaba, pero que había aceptado por lealtad a su partido. Su exilio duraría diez años largos y terribles. Eso sucedía el 26 de enero del 1939.

Mi madre, mi hermana y yo nos quedamos en Barcelona hasta la primavera siguiente. Mi abuelo materno había muerto de una embolia de repente. Todavía le recuerdo subiendo las escaleras y sentándose para descansar en unos banquillos que había entre cada piso. Él no quería dejarnos marchar, pero mi abuela era más comprensiva y, al morir él, mi madre decidió que quería reunirse con mi padre en París. Se hicieron los preparativos, a pesar de que mi hermana Anna Maria tenía sarampión. Partimos el jueves de la Semana Santa del año 1940. Llegamos a Livia, en los Pirineos, en una granja donde nos estaban esperando unas personas que debían conducirnos hasta la frontera. Tuvimos que dejar allí todo lo que llevábamos, ropa, maleta..., todo menos lo que pudimos llevar puesto encima de nosotras, dos o tres prendas cada una. Mi hermana tenía cuatro años y yo siete. Nos acompañaron a pie hasta que vimos la línea de tren que estaba en la frontera. También vimos la caseta de la guardia civil, había una bicicleta apoyada en la pared: así es que, a pesar de ser un día de fiesta, ¡allí estaban! Nuestro guía dijo que no podía ir más allá, que siguiéramos solas. Mi hermana lloraba. Llegamos hasta la vía del tren, nadie salió de la caseta, pero yo vi un letrero que advertía «No pasar. Peligro de muerte». Esto me asustó tanto que me negué a cruzar la vía. Mi madre estaba desesperada. La suerte quiso que encontráramos un vado para la lluvia debajo de la vía y por allí me persuadió mi madre que pasáramos.

¡Ya estábamos en Francia!

Alcanzamos la carretera y en seguida estábamos llegando a un pueblo, creo que era Sallagús o Font Romeu, no lo sé seguro. El caso es que allí nos esperaba un amigo de mi padre, quien nos llevó a una pensión donde estuvimos una semana sin salir a la calle, hasta que partimos hacia París (creo que mi padre nos vino a recoger allí).

En París, nos fuimos a vivir a un hotel, en el que mi padre estaba alojado con varios amigos españoles. Allí estuvimos unos dos meses, mientras la guerra con Alemania seguía y los alemanes iban acercándose a París. Entonces el pánico se adueñó de los habitantes de la ca-

pital. Esto nos obligó a nosotros a intentar huir también de la ciudad, pero ya era tarde. Y a pesar de dos días de espera en la estación, angustiados, vimos que no teníamos posibilidad de salir de la ciudad. Volvimos a casa y el 21 de junio de 1940 entraron los alemanes en París sin resistencia de ninguna clase. París era ciudad abierta, aunque ellos desde el aire iban bombardeando a todos los que huían de la ciudad, en tren, en coche, a pie: fue una masacre.

Ya por aquellos días vivíamos en un piso de la *rue* de Rome, 99, 8º, izquierda, en el xvii *arrondissement*. El último piso de una bonita casa que un amigo de mi padre, Odó Hurtado, nos dejó en alquiler cuando él se fue a América, poco antes de la entrada de los alemanes en París. El piso era muy pequeño: una cocina y un baño separados por una cortina, un salón donde dormíamos mi hermana y yo y que además mi padre utilizaba como despacho (y lo recuerdo noches enteras trabajando), un dormitorio para mis padres con un pequeño wáter incorporado (lujo total en París). Pero tenía unas ventanas con una vista maravillosa de Montmartre y del Sacré Coeur. Los demás pisos estaban ocupados por gente de buena posición, con los que no teníamos ningún contacto. El ascensor no llegaba a nuestro piso: éramos como los parias del edificio. En el descansillo de la escalera había un cajón enorme de arena, supongo que por si había un incendio, no lo sé seguro. El caso es que volvimos a casa dispuestos a intentar la supervivencia en un París lleno de peligros para unos exiliados republicanos, enemigos de Alemania. Tuvimos mucha suerte, pues muchos de los nuestros fueron arrestados y llevados a campos de trabajo en Alemania o, peor, de exterminio. Nosotros lo pasamos mal: frío, hambre, colas interminables para comprar alimentos. Mi padre sacaba dinero de algunas clases de inglés o de español, traducciones, y sobre todo la ayuda solidaria entre los catalanes que vivíamos exiliados. Los que vivían en el campo nos mandaban comida.

Nuestra vida en aquellos cuatro años de ocupación fue un prodigio de equilibrio entre el miedo y la esperanza. Miedo a nuestra situación precaria y esperanza de ver el final pronto. Mi familia de Barcelona, poco a poco, pudo establecer contacto con nosotros y, a pesar de la mala situación económica que vivían después de la terrible Guerra Civil, intentaban ayudarnos mandando algún paquete de ropa, que a

veces llegaba y a veces no. Nos mandaban zapatos, pero uno cada vez para que no los robaran por el camino. Mi hermana y yo íbamos al colegio muy cerca de casa y hablábamos un francés como si hubiéramos nacido allí. Nuestra calle, *rue* de Rome, era muy ancha y las vías de los trenes que salían de la *gare* Saint Lazare pasaban por allí. La casa al lado de la nuestra era un hotel que fue ocupado por los alemanes y unas vallas cortaron la acera impidiendo que la gente pasara por delante. Nosotros teníamos un juego muy peligroso, subiéndonos a ellas y burlando a los centinelas alemanes. Mi hermano nació el 30 de marzo de 1942 y fue una gran alegría. Nuestra infancia en aquel tiempo fue feliz, a pesar de la tragedia que se vivía. No teníamos juguetes, sólo recuerdo algún libro, pues mi padre nos inculcó el amor a la lectura, que nos dura hasta hoy.

Hace tiempo escribí una página sobre la época de nuestra vida en París y la reseño como está. Fue algo que sucedió en 1942 y que se quedó cruelmente grabado en mi subconsciente:

AMARILLO

Amarillo era el color del odio. Era el color de las estrellas que los judíos tenían la obligación de llevar cosidas en su ropa, bien visibles. Era el color de los bancos en los parques donde sólo allí se podían sentar. En aquel París ocupado por los alemanes donde yo vivía reinaba el terror en muchos de sus habitantes, nosotros incluidos, pues nuestra situación de exiliados españoles republicanos, nos exponía a ser arrestados y deportados a Alemania, o a volver a la fuerza a Barcelona, donde nada bueno nos esperaba.

Yo iba al colegio y ya hablaba muy bien el francés, tenía pocos amigos, pero había una niña con la que congeniaba mucho. Siempre estábamos juntas, se llamaba Michèle. Un día dejó de venir a clase y nadie nos dijo nada sobre ella. Yo estaba triste, y al ver que pasaban los días y no volvía, se lo dije a mi madre, decidimos ir a su casa y preguntar por ella. La portera nos dijo: «Vinieron las SS y se llevaron a toda su familia. Claro, eran judíos», añadió. Yo no entendía bien lo que todo aquello quería decir. Le pregunté a mi madre, ella me explicó lo que sucedía. Pero cuando le dije, «dónde se los llevan», no me contestó.

Quizás no lo sabía, o no quería decírmelo. Entonces empecé a pensar en mi amiga y en la estrella amarilla que llevaba en su ropa, y fui relacionándolo todo con lo que mi madre me había contado.

Nunca más volví a ver a Michèle.

Otro de los hechos importantes en aquel tiempo fue nuestra amistad con artistas en el exilio, como Antoni Clavé, Carles Fontserè, Emili Grau Sala, quien me hizo un retrato que aún conservo. Yo no conocí personalmente a Picasso, pero sí mi padre, que lo visitaba a veces en su taller.

Por fin, los tan esperados aliados habían desembarcado en Normandía. La esperanza volvía a florecer y el 25 de agosto de 1944 París era liberada. Pero antes hubo días de angustia, bombardeos de los aliados que querían neutralizar las defensas alemanas, tiroteos por las calles. Nosotros desde el octavo piso donde vivíamos, teníamos una visión terrible de estas luchas entre los alemanes y las FFI (Fuerzas Francesas del Interior). En el tejado de nuestra casa había varios combatientes y se entrecruzaban tiros entre ellos y los alemanes que se habían instalado en uno de los puentes sobre las vías del tren.

Una bala casi me mata. Entró por la ventana, pasó a un milímetro de mi cabeza, perforó el muro detrás de mí y fue a parar a la escalera después de romper la puerta de entrada. Me llevé un susto terrible, como mis padres, claro. Estábamos en aquel momento todos en su habitación entre dos colchones que nos servían de protección, y yo había salido de allí cuando, al cruzar a la siguiente habitación, ocurrió lo que podía haber sido el final de esta historia.

Vimos tanques alemanes tiroteando a civiles, muertos por ambos lados, heridos, una moto con dos alemanes saltó por los aires y fue a parar a la vía del tren. Los últimos días estuvimos haciendo barricadas por las calles, con muchos parisinos que querían hacer algo positivo en aquella lucha. Cansados de bajar a la *cave* cuando sonaban las sirenas avisando de inmediatos bombardeos, nos quedábamos a menudo en nuestro piso y de ahí veíamos el cielo que se iluminaba con los focos antiaéreos y las bombas que caían con su mortífera carga sobre la ciudad. De pronto, un día empezamos a oír todas las campanas de las iglesias de París que sonaban cada vez con más fuerza, cosa que no

habían hecho en toda la ocupación, y la gente cantando «Les américains sont là!» Aparecieron banderas francesas y aliadas por todas partes, y los alemanes rindiéndose. Nosotros fuimos a los Champs-Élysées, donde ya empezaron a presentarse los soldados de Leclerc, que fueron los primeros en entrar. Era una locura. Cuatro años de angustia y sufrimiento se olvidaban. Después, poco a poco, la vida se fue normalizando. Mi padre entró a trabajar en la radio para una emisora destinada a América Latina. Cambiamos de casa, y fuimos a vivir al *vi arrondissement*, más elegante, muy chic, a un piso que nos dejó Eduard Ragasol, un amigo de mi padre que se marchó a México.

En 1946 Mercè Rodoreda y Armand Obiols se trasladaron a París, donde vivieron un tiempo con nosotros en la *rue Coïgleton*, y después se instalaron muy cerca de nuestra casa en una *chambre de bonne* (las habitaciones situadas en las buhardillas de las casas burguesas y destinadas al servicio, pero que durante la guerra, y hasta que no se restableció la normalidad, eran alquiladas a personas con pocos recursos, ya que el servicio doméstico era algo que casi no existía). Tenían en un espacio muy pequeño su vivienda, y lo que me llamaba poderosamente la atención eran los libros amontonados del suelo al techo. En 1947, con los Jocs Florals de la Llengua Catalana, celebrados en Londres, Mercè Rodoreda ganó su primera flor natural y quería que yo fuera la reina de la fiesta. Yo estaba, como es lógico, muy ilusionada, pero los proyectos, como ya he explicado, se torcieron y mi madre, mis hermanos y yo no pudimos regresar a París, lo cual imposibilitó mi ascensión a la monarquía floral. Después de muchos años, en 1959, la volví a ver en Ginebra, donde se había instalado. Una de sus obras más célebres, *La plaça del Diamant*, la escribió allí, y, por cierto, el título fue propuesto por mi padre. Ella en principio la tituló *Colometa*, que a él no le gustó cuando se la dio a leer, y, siguiendo su consejo, lo cambió.

Terminada del todo la guerra, en 1946, mi madre y mi hermana pudimos por fin ir a Barcelona a ver a la familia. Fue una alegría inmensa para todos. Volvimos a Barcelona al verano siguiente, pero esta vez tuvimos menos suerte, porque en la frontera nos confiscaron los pasaportes y no pudimos volver a París, donde estaba mi padre, así que tuvimos que organizar nuestra vida de nuevo, y con la ayuda de

la familia empezar otra etapa. Los tres hermanos fuimos al Liceo Francés y nos adaptamos poco a poco al triste ambiente de la época. Mi padre estuvo dos años más en París y, a la muerte de su padre, volvió para ocuparse del negocio familiar, una librería imprenta en la Rambla dels Caputxins, 42, casi tocando al puerto. Después de mis estudios, trabajé allí, igual que mis hermanos que también tuvieron que hacerlo. Hasta la vuelta de mi padre a Barcelona, nuestra situación económica era muy mala. Vivíamos con nuestra abuela materna, Teresa Aymerich, que tenía unas rentas muy bajas de una casa de mi abuelo en Vilarodona, un pueblo de Tarragona. Sobrevivimos gracias a la generosidad de mi tío Joan Ferrer, que tenía un negocio que funcionaba muy bien. Era químico e inventó un gas para guisar y calentarse, el gas firpe, que en aquellos años de penuria era una mina de oro. Nos invitaba a menudo a su casita de Garraf, un pueblo cerca de Sitges. Era preciosa, por lo menos a mí me lo parecía, en un pueblo pequeño, con un puerto y una playa donde casi no iba nadie. Era una gozada para nosotros, que habíamos estado tan alejados del mar. Para mí fue un deslumbramiento conocer el Mediterráneo.

También fue gracias a mi tío Joan que mi padre pudo regresar en 1948. Organizó un viaje a París en su coche, con mi abuela y mi tía, y mi padre regresó con ellos. Al tener contactos con gente del régimen, mi tío consiguió obtener para mi padre un pasaporte que logró que no fuera detenido en la frontera. El regreso de mi padre a Barcelona se debió en gran parte al fallecimiento de mi abuelo, Bartomeu Tasis i Jacas, que llevaba la imprenta familiar. Murió al bajar de un tranvía, debido a la rotura del fémur. Si no, es posible que nosotros hubiéramos vuelto a París, ya que allí mi padre tenía un trabajo estable en la radio y muchas posibilidades de ir a Ginebra a trabajar como traductor en la ONU, donde su amigo Eugeni Xammar le reclamaba (no deja de ser curioso pensar que, muchos años después, mi hija María del Mar está allí trabajando de intérprete).

La tienda de la Rambla dels Caputxins, 42, era curiosa. Tenía la imprenta dividida en dos partes: en el sótano las máquinas y en el entresuelo los cajistas y la guillotina. Una especie de caja ascensor bajaba con las planchas preparadas para imprimir en las máquinas. En la planta baja estaba la papelería y librería, con libros poco corrientes

en aquella época. Los clientes eran muy variados: por una parte, los comercios del barrio se surtían de lo necesario en nuestra tienda y, por el otro, había gente muy variopinta, como prostitutas del barrio chino, marines americanos, gente del puerto, etc. Ah, pero eso era durante el día. Por la tarde, al cerrar, siempre se formaba una tertulia de intelectuales, que intercambiaban sus noticias, sus sueños y sus creaciones literarias. Mi padre estaba muy bien informado de todo lo relativo a la gente exiliada, catalanes de todo el mundo, y mantenía una enorme correspondencia con ellos y recibía todas las publicaciones que editaban en catalán.

Nuestra vida en Barcelona transcurría con algunos sustos, pues mi padre había decidido al volver seguir con la firme oposición al franquismo que había desarrollado en el exilio. Esto se traducía en artículos, libros, conferencias, todo en catalán, idioma prohibido para actos públicos, y que le valían multas continuas y alguna que otra estancia en la Dirección General de Seguridad.

Mi vida, por otra parte, era la de cualquier joven. Tenía amigos, novios, uno incluso muy en serio. Era alumno de la escuela de marina y estudiaba para oficial de máquinas. Nuestro noviazgo duró dos años, hasta que el servicio militar le mandó a Cartagena un año y esto truncó nuestra relación.

Después, en 1955, decidimos mi hermana Anna Maria, una amiga llamada Marisa y yo irnos a Ibiza de vacaciones, pues habíamos oído maravillas de esta isla, y realmente era un paraíso. Llegamos en barco, que era la única forma de transporte que tenía. Nuestra pensión estaba en San Antonio. Llevábamos allí unos días y ya conocíamos a varios chicos turistas como nosotras (había, por cierto, muy pocos), cuando un domingo en nuestra pensión aparecieron tres guapos chicos que vimos en el comedor, y que intentaron ligar con nosotras en seguida. Eran madrileños, ¡va de retro!, pero tan simpáticos que decidimos pasar por encima de este pequeño obstáculo. Eran Juanma, Jesús y Jorge. Ya a partir de ese día fuimos juntos a todas partes.

Y, ¡flechazo al canto! Jorge, que además hablaba catalán (¡muchos puntos a su favor!), y yo nos enamoramos... Al volver él a Madrid y yo a Barcelona nos escribimos. Además, él venía de vez en cuando, ya que era representante. Nos hicimos novios, con gran disgusto de mi

familia, pero que, al conocerlo mejor, fue disminuyendo. Sus padres eran de Barcelona, pero trabajaban en Madrid. Nuestro noviazgo duró veinte meses. El 25 de mayo del 1957 nos casamos en Barcelona, en la iglesia gótica de Sant Just i Pastor.

Entonces, los viajes de novios no eran tan exóticos como ahora, no teníamos prácticamente posibilidad de salir de España, así que decidimos volver a Ibiza, de la que tan grato recuerdo teníamos. Como esta isla seguía sin tener aeropuerto, hicimos el viaje hasta Mallorca en avión, para después seguir en barco. Pero la mala suerte quiso que una tormenta obligara el avión a regresar a Barcelona. Al calmarse, volvimos a embarcar y llegamos a Palma, donde, al sobrevolar el puerto, vimos nuestro barco, el único de pasajeros que había, que esperaba. Íbamos con un matrimonio de Ibiza que conocimos en el avión y ellos dirigían la operación de llegada al puerto. Teníamos el tiempo muy justo, cogimos un taxi y pudimos contemplar como nuestro barco se alejaba de la dársena. ¡Desastre! Pero el señor de Ibiza, farmacéutico él, conocía a alguien que estaba allí con una barquita. Subimos y fuimos detrás del barco, haciendo señas desesperadas para que pararan, a lo que nos respondían agitando los pañuelos los pocos pasajeros. De repente el motor de nuestra barca se paró y el otro aceleró y salió del puerto, dejándonos desolados en medio de la bahía. Esto significaba que no podríamos llegar a Ibiza hasta dentro de una semana, pues el único barco no volvería antes. Así que tuvimos que buscar alojamiento en Palma durante este tiempo.

Después de la luna de miel empezaría una nueva vida. Ciudad, amigos, familia, todo iba a cambiar. Me adapté bastante rápidamente a vivir en Madrid, pero echaba mucho de menos mi familia, el mar, los amigos. Al año nació nuestra primera hija, Maria del Mar, y quince meses después, Núria, así que no tenía mucho tiempo para pensar. Nuestros amigos eran los de siempre de Jorge, del Club Gaviota, que se había formado con los alumnos de un centro de instrucción comercial mixto, cosa muy rara en los años cuarenta: Mariano, Ángel, José Luís, Jaime, Ricardo, Joaquina, Pili, Enrique, Jesús y Juanma, los dos que conocimos en Ibiza. Todos se iban casando y ya éramos una gran pandilla. A los cinco años de nacer Núria, nacía Montse, la tercera de mis hijas.

Mientras tanto, en Barcelona, mi padre seguía con su vida literaria. Ya se podían editar libros en catalán y él tenía varios publicados. El 5 de junio de 1962 asistió junto a 118 políticos españoles, opositores al franquismo, a una reunión en Múnich. El impulsor del encuentro fue Salvador de Madariaga. En el marco del cuarto congreso del movimiento europeo, se celebraba por primera vez desde el final de la guerra civil española un encuentro entre la oposición interna al franquismo y los vencidos del exilio. La reunión pretendía iniciar un debate sobre la posibilidad de que España formara parte de la comunidad europea, a la que se oponían todos ellos hasta que no fuera un país democrático. La reunión fue ridiculizada y atacada por el régimen de Franco y se la llamó el «contubernio de Múnich». Algunos a su vuelta fueron exiliados a un penal de Canarias y otros sufrieron molestias y acoso durante largo tiempo, como mi padre. Nuestra vida en Madrid tenía cada vez un nivel económico más alto. Jorge había cambiado su representación de joyería inicial a mayorista de piedras preciosas gracias a sus contactos con varios judíos. Uno de ellos, Mario, un aristócrata polaco, sería su socio en la empresa. Jorge viajaba mucho al extranjero y algunas veces le acompañaba. Iba en general a Amberes, donde está la bolsa de los diamantes, también a Nueva York, Tailandia, India, Hong Kong, Italia...

El 29 de noviembre de 1966 asistimos en Barcelona a un acto de homenaje a mi padre por sus sesenta años. Fue muy emotivo. También se celebraba la publicación de una importante obra: la historia de la prensa catalana en dos volúmenes. A los pocos días mi padre debía ir a París para dar una conferencia en homenaje a un escritor amigo, Ramon Xuriguera, muerto hacía poco, y Jorge y yo teníamos previsto ir a Nueva York el día 6. Pero antes estaba el segundo cumpleaños de nuestra hija pequeña, Montse, que se iba a celebrar en casa de nuestros amigos Ricardo y Joaquina, ya que una de sus hijas también celebraba algo. Mientras arreglaba a las niñas para la fiesta, sonó el teléfono, se puso Jorge y yo no presté atención, ocupada como estaba. Llegamos al chalet de los Quiroga y me daba cuenta de que algo pasaba, pues Jorge estaba muy nervioso. Se puso a hablar con sus amigos en seguida. Al poco rato vino hacia mí y me dijo que mi padre había muerto en el hotel de París, solo, de un infarto. Me quedé des-

trozada. Se organizó todo para que pudiera irme a Barcelona. Los Kloppe se ocuparon de las niñas.

Al llegar a Barcelona me encontré, como era lógico, la familia en estado de *shock*. Alguien tenía que ir a París a traer el cadáver. Yo era la única que tenía pasaporte, cosa difícil y larga de obtener en aquella época. Así que partí hacia París. Me fui directamente al hotel acompañada por un joven que me esperaba en el aeropuerto, miembro de *Ōmnium Cultural*, y que había estado con mi padre todo el tiempo hasta su muerte. Me dieron la habitación contigua a la que estaba el cuerpo, y allí pasé con él toda la noche sola. Fue realmente duro. Por la mañana Jorge llegó, camino a Nueva York, donde yo también tenía que haber ido, y se marchó en seguida. Tuve que enfrentarme a los trámites burocráticos, el embalsamamiento y el féretro doble, uno de plomo y otro de madera. Lo acompañé hasta Barcelona en la furgoneta, y allí empezó otra lucha para poder celebrar una misa *corpore insepulto*. Eran los días del famoso referéndum de la ley orgánica del Estado, y las autoridades evitaban a toda costa cualquier altercado del orden, aunque fuera un funeral. Mis hermanos y yo fuimos a ver al gobernador militar para pedirle su autorización al acto. Nos recibió, dijo que lo hiciéramos y, al pedirle una nota escrita, se negó a ello, alegando que no era necesario. Evidentemente, el funeral no se pudo realizar. El entierro fue multitudinario, vigilado por la policía, claro. Después de estos trágicos días, la vida continuó. Mi hermano Rafael, que estudiaba Económicas, ayudó a mi madre en el negocio familiar de la Rambla, aunque sin mi padre había perdido el impulso y la personalidad, y pronto se traspasó el negocio. Ahora es una tienda de *souvenirs*.

